

las consecuencias de su decreto del 1º de mayo, y cuan importante era para el interés del rey y el mantenimiento de la tranquilidad el que no pudiese revocarse en duda la competencia del parlamento al efecto de impedir el que no se diese á la bula el caracter de regla de fe, que ella no ha recibido por decision alguna de la Iglesia, y el que ella no puede tener por su naturaleza; y que ademas la compañía persistia en sus resoluciones. » Así es que el parlamento iba siempre adelante. ¿Qué título tenían los legos para cercenar estas cuestiones, para decidir que un juicio eclesiástico tenia ó no tal caracter? ¿No tocaba á la potestad que habia pronunciado este juicio el declarar cual era su naturaleza? La corte cerró los ojos sobre este nuevo rasgo de obstinacion.

1734.

— El 23 de abril, muerte de M. de Bernex, obispo de Ginebra. Miguel-Gabriel de Rosillon de Bernex, nacido en Saboya en 1657 de una familia antigua y conocida, hizo sus primeros estudios en Annecy, y renunciando temprano á las esperanzas que el mundo podia ofrecerle, entró en el orden de S. Antonio, cuyo hábito tomó en 1672. Al año siguiente hizo la profesion y fué or-

denado presbítero en París en 1681. Fué elegido para ir á predicar á Estrasburgo, en donde el ejercicio público de la religion católica acababa de restablecerse, cuya comision llenó con suceso. En seguida lo enviaron á enseñar la teología á Tolosa; y en estos diversos empleos se mostró un religioso fervoroso é ilustrado. Él no buscaba sino el ocultarse al mundo; pero su mérito le hizo bien pronto conocer. M. d'Aranthon, d'Alex, obispo de Ginebra, habiendo muerto en 1695, fué nombrado para esta silla M. de Bernex, y consagrado el 6 de octubre de 1697. La diócesis de Ginebra era gobernada mucho tiempo hacia por pastores vigilantes y celosos, que se dedicaban á perpetuar en ella los grandes bienes que allí habia obrado en otra ocasion S. Francisco de Sales. M. de Bernex no fué indigno de sus virtuosos predecesores. Aplicóse á hacer observar los escelentes estatutos de M. d'Alex. Retirábase dos veces al año en su seminario, visitaba exactamente su diócesis, predicaba á los pueblos, catequizaba á los niños, fundaba escuelas, formaba establecimientos útiles, y hallaba aun en una muy limitada renta el medio de hacer abundantes limosnas. Murió estenuado de trabajos. La opinion de su santidad le ha hecho atribuir milagros. Ha dejado muchas obras de controversia y de piedad, cuya lista puede verse en su vida publicada por el padre Boudet.

— El 10 de junio, decreto del parlamento de París, condenando á las llamas las *Cartas filosófi-*

cas de Voltaire. En 1723, hemos hablado de este hombre célebre y de sus primeros partos, ó por mejor decir de sus primeros ensayos. Su *Edipo*, la *Epístola á Urania*, y algunas poesías todavía menos conocidas, eran las únicas obras que habia dado á luz hasta á la sazón, manifestando ya en ellas que, no solo no era muy amigo de la religion en aquella época, sino que no lo seria mas en lo sucesivo. Una contienda que sostuvo en 1725 con un señor distinguido, tal vez contribuyó á desarrollar en él ese espíritu de disgusto y acrimonia contra su país. Tratado cruelmente por un hombre de grande nombradía, lo desafió y se vió obligado, merced al influjo de su adversario, á ocultarse. Retiróse en Inglaterra en 1726, llevando consigo una amargura y un resentimiento profundo. Animado de estas disposiciones, se apasionó al gobierno, leyes y costumbres de esta nacion estrangera. Lisonjeaba su ánimo la libertad en toda clase de materias que estaba reinando en este país, y los progresos, que ya habia hecho en él el deismo, fortificaron sus inclinaciones á la indiferencia religiosa. Volvió á ver en Londres al lord Bolingbroke, que estaba de vuelta á su patria, y era este señor á quien Voltaire hacia dirigir sus cartas. De esta manera pudo relacionarse con Collins, Tindal, Woolston, Morgan, Chubb y demas autores ingleses, que estaban trabajando en esta época para minar con mas ó menos osadía los fundamentos del cristianismo. Hallábase á la sazón la Inglaterra poblada de *libre-pensado-*

res, y puede deducirse muy bien que los escritos de los unos y las conversaciones de los otros no dejaron de inspirar análogos sentimientos á un hombre, joven todavía, que habia ya manifestado su tendencia á una estremada independéncia de opiniones. Compuso en Inglaterra su *Enriada*, poema cuya *publicacion* ha juzgado como la dichosa época de la libertad, y el servicio mas importante que se haya prestado á la filosofía. Tambien asegura este escritor que hasta entonces habia sido la Francia *devota y reciamente fanática*¹, espresiones tan conformes á la verdad como al buen gusto, y muy hermosamente aplicables al Siglo de Luis XIV, en el cual, como todo el mundo sabe, no sobresalieron sino imbéciles. Buen cuidado tuvo por otra parte Voltaire de inculcar en muchos pasages de su poema las máximas que se habia formado sobre la religion; y si, por un lado, se hallan muy buenos versos en honor del cristianismo, haylos tambien por otro, donde se desconocen sus dogmas y sus preceptos. No hagamos mencion, si se quiere, de esas frecuentes salidas contra los Papas, el clero y los monges; de esa afectacion en confundir siempre el fanatismo con la religion, como si no hubiese mas que una clase de fanatismo, de esotra afectacion, en fin, con que da la preferencia á los protestantes sobre los católicos, por mas que deba ser el objeto de su poema el triunfo de esta última

¹ *Vida de Voltaire*, por el marqués de Villette. Londres, 1787.

religion. Mas ¿qué diremos de la malicia de estos versos¹ :

¡ Ah! un Dios tan bueno que es señor del hombre,
De este, á quererlo, bien servido fuera.....

donde pareciendo admirar la bondad de Dios, el poeta le reprende no haber hecho lo que era necesario para que el hombre le sirviese? Mas lejos pone en boca de san Luis máximas directamente contrarias al dogma de la eternidad de las penas. No trasladamos aquí este pasage por ser demasiado largo y suficientemente conocido. Por lo demas, los admiradores exclusivos de Voltaire, á la par de los que son menos entusiastas de su gloria, han considerado la *Enriada* como un monumento de su naciente celo en favor del sistema de la indiferencia religiosa. Llámalo Condorcet el *poema de la razon*, y sábese que en su lenguaje esta palabra es la opuesta de la religion. El mismo escritor dice que desde su viage á Alemania Voltaire *se sintió llamado á la destruccion de las preocupaciones de toda especie que estaban esclavizando su pais*. Él sintió, añade el historiador, la posibilidad de salir con bien de esta empresa, con una mezcla feliz de audacia y de manejo; cediendo tan pronto á las circunstancias, tan pronto aprovechándose de ellas, ó preparán-

¹ Hélas! un Dieu si bon, qui de l'homme est le maître,
En eût été servi s'il avait voulu l'être.

dolas; sirviéndose alternativamente con tino del razonamiento, de la chanza, del encanto de la poesía, ó de los efectos del teatro; dando, en fin, á la razon un caracter bien sencillo para hacerla popular, *bastante agradable para atraer á los frívolos, y bastante chistosa para convertirla en un asunto de moda*. Este grande proyecto inflamó el alma de Voltaire, y reanimó su aliento. Juró consagrar su vida entera á este empeño, y cumplió con su palabra. El primer fruto de su viage á Inglaterra fué la tragedia de *Bruto*¹. De esta manera nos revela el panegirista de Voltaire sus proyectos, sus medios y su objeto. El mismo Voltaire no los ocultaba mas; puesto que en su *Correspondencia*, dice que cierto dia M. Hérault, teniente de policía de París, le dijo que hiciese lo que quisiera, nunca conseguiria destruir la religion cristiana: *lo veremos*, le respondió Voltaire. Este trabajó, de consiguiente, con ardor por cumplir su juramento y su palabra. En *Bruto* y en su *Muerte de Cesar*, que publicó despues, desplegó esa exaltacion del espíritu republicano, y esas ideas exageradas de libertad que han desorganizado desde entonces tantas cabezas, provocado tantas locuras, y autorizado tantos crímenes. La belleza de la versificacion no impide que le repugne á uno el fanatismo de esos Romanos tan exaltados; y no estrañamos nada que hubiese rehusado

¹ *Vida de Voltaire*, por Condorcet, t. LXX de la edicion en-8º de sus obras, p. 20.

entonces el gobierno la licencia de imprimir estos verdaderos manifiestos contra la monarquía. Otra ocasion se presentó á Voltaire por los mismos días de hacer la guerra á las preocupaciones, para la destruccion de las cuales se habia sentido llamado. Acaeció que feneció una actriz llamada Le Couvreur, y que le negaron la sepultura en tierra sagrada, cosa que no era nada nueva. Los comediantes no solian pedir las plegarias de la Iglesia, y era bastante natural que no dispensase sus sufragios á personas notoriamente escluidas de su seno, sin haber dado el menor paso para entrar en ella. Voltaire acababa de llegar de Inglaterra, donde habia visto prevalecer otras usanzas; entré otros, habia presenciado el entierro de una actriz, honrada con un sepulcro en la iglesia de Westminster. Otros hubiesen tenido por ridículo que se dispensasen los mismos honores á los grandes hombres que habian servido al Estado, y á una muger que solamente habia brillado en las tablas. Pero Voltaire no hallaba nada de excesivo en estos homenages. Segun él, no podia hacerse bastante, en favor de la que habia contribuido al buen éxito de las tragedias. Todavía le animaban razones mas poderosas, como lo dice él mismo en sus cartas, para interesarse en la memoria de esta actriz. Sea lo que se fuere, escribió una poesía con motivo de su muerte. Mas en vez de limitarse al círculo de elogios acostumbrados en semejantes circunstancias; en vez de celebrar el talento ó la belleza de la señora Le Couvreur; habló al con-

trario muchísimo en su composicion de la ingratitude y de la supersticion de sus compatriotas, y ensalzó la Inglaterra *único pais, donde se atreve uno á pensar; tierra dichosa de donde se han estirpado á la vez las preocupaciones y los tiranos.* Hallóse que la leccion era demasiado fuerte, y el enemigo de las preocupaciones y de los tiranos se vió precisado á ausentarse por algun tiempo. Aprovechóse de su emigracion para imprimir sus *Cartes philosophiques* ó *Cartas sobre los Ingleses*; las cuales se hallan actualmente introducidas, bajo diferentes títulos en el *Diccionario filosófico*. Su aparente objeto era dar á conocer en Francia el estado de la literatura, de las ciencias y costumbres de nuestros vecinos. Mas el objeto real era ese grande proyecto, al cual habia jurado de consagrar su vida. Pretendió trasplantar en nuestro pais esa libertad de pensar que habia encontrado en los escritos de los deistas ingleses. Sus cartas, en número de veinte y cinco, abrazan grande variedad de materias. En estilo ligero y tono decidido al mismo tiempo que las chanzas y epigramas de esta obra podian seducir á un lector frívolo, pero no contentar un ánimo ansioso de razonamientos y de pruebas. Por otra parte, la religion se veía tratada en estas cartas con tanta ligereza como todo lo demas. Mofábase de nuestro clero y de nuestras costumbres religiosas; mientras que encarecia sin medida las de los cuákeros, sectarios entusiastas y exagerados. En el artículo de Locke, triunfaba sobre un error de este filósofo, el cual

habia dicho que tal vez jamas seremos capaces de conocer si un ser puramente material piensa ó no, y Voltaire sostenia, no ya como una cosa sujeta á la duda, sino como un principio incontestable, que se puede atribuir el pensamiento á la materia. Así dice en un pasage : *yo soy cuerpo y yo pienso, y no sé mas*. Tambien quiere que muchos padres de la Iglesia hayan creido que Dios, los ángeles y el alma eran corpóreos : mira como imposible demostrar la inmortalidad del alma : admírase de que un Inglés, como *hombre libre ascienda al cielo por la via que le place* : tan poco instruido se hallaba de la legislacion de este pais relativamente á los católicos, sujetos á la sazón á las vejaciones de que hemos hablado ya ; ó mejor tan poco caso hacia de la opresion bajo la cual estaban estos gimiendo. Pero donde soltó mas su tarabilla fué sin duda en la carta XXV. Ataca en ella los *Pensamientos sobre la religion*, de Pascal, y como en todos sus escritos, no opone á razonamientos sólidos, sino sutilezas, chistes ó sofismas. Estrañóse la osadía con que, bajo el pretesto de no atacar sino las malas pruebas, conmovia alternativamente todos los fundamentos del cristianismo. No era Pascal, sino los milagros, las profecías, el fondo mismo de la religion, lo que él estaba aborreciendo. Así es que se levantó un grito unánime contra esa libertad no acostumbrada, y M. Gilbert de Voisins fué el órgano verdadero del público cuando en su requisito pintó esta obra como estremadamente peli-

grosa, sea por su afectado escepticismo, sea por su crítica acerba, sea, en fin, por mil chanzas intempestivas. El decreto del parlamento mandó que se procediese contra el autor, el cual se mantuvo oculto por algun tiempo, y hubo una orden real reservada para confinarlo á Auxona. Vése en su *Correspondencia* lo que le irritó esto, que él llamaba una persecucion ; como si no se la hubiese buscado él mismo. Para conjurar la borrasca, sostuvo que él no habia tenido ninguna parte en la redaccion de estas cartas, no sabiendo siquiera en que consistian : primer ejemplo de esas atrevidas denegaciones á que desgraciadamente se acostumbró despues. Cuando creyó haber dado un quite al golpe que le estaba amargando, publicó esa *Epistola á Urania*, de la cual hemos hablado en otra parte : hasta entonces solo habia circulado manuscrita. Hízola imprimir con el nombre del abate de Chaulieu, imputacion muy poca digna de un hombre que se anunciaba como irreconciliable enemigo de la hipocresía, siendo así que recurriera á ella con demasiada frecuencia, para que dejase de padecer su honor. En 1736 hizo imprimir el *Mundano*, juego de imaginacion, contra el cual se han levantado los filósofos aústeros, representándolo con razon como impropio en boca de un sabio. Tampoco dejaron de censurar las personas religiosas esta moral, y Voltaire se vió obligado otra vez á ocultarse. Vése que iba poniendo en práctica el plan que se habia propuesto, echando mano tan

pronto de *audacia*, tan pronto de *manejo*, juzgando con esas alternativas calculadas de atrevimiento y fuga, quejándose siempre de que se le citaba persiguiendo, y provocando por último con nuevos hechos, la animadversión de la autoridad. Habíase domiciliado en Cirey con la marquesa del Chatelet, con la cual contrajo relaciones (cuya naturaleza no han disimulado sus mismos panegiristas), aunque esta señora fuese casada. Muchos años pasó Voltaire con ella, contribuyendo este retiro á desviar de su persona la atención general. Vivía allí muy tranquilo, aunque gritando siempre contra su persecución; y en sus manos estaba haber cultivado en paz las letras, como no hubiese ambicionado la gloria de descollar en ellas. Mas tenía, como lo dice Condorcet, *un juramento que cumplir*, y era necesario que no faltase á su palabra. El deber que se había impuesto quedaba, á la par cumplido en un poema, que parece haber emprendido por los años de 1730, prosiguiéndolo los años siguientes en los intervalos que le permitían sus demás obras. No seremos nosotros los que caracterizemos este poema, donde la licencia se asocia á la impiedad, sirviendo la una para sazonar la otra. Tiempo hace que está juzgada esta obra: si merece el agrado de lectores corrompidos, no merecerá seguramente los elogios, no digo de los hombres religiosos, sino ni aun de aquellos que tienen en algo la moral y la decencia, ni de los verdaderos sabios, de los filósofos verdaderamente dignos de este nombre: y uno se

avergüenza por ese hombre que tenía pretensiones á todos estos títulos, viéndole olvidado de sí mismo, hasta el punto de dar tamaño escándalo. Él mismo parece que previó la mancha que este parto iba á poner en su gloria, puesto que se abstuvo de darla al público por mucho tiempo. — El mismo año de 1734, el parlamento se pronunció fuertemente contra una obra mas atrevida todavía que la de Voltaire. Titulábase *las Princesas Malabares*, ó el *Celibato filosófico*. Era su autor, según se dice, un tal Pedro de Longue, el cual se anunciaba como enteramente incrédulo. *La razón*, decía, *me ha preservado hasta ahora de todo lazo con alguna religión cualquiera que sea*. Añade también que *el partido de los deístas no perecerá jamás*. *Lisonjéome de que nos consolará en la vejez*. *Cansaránse de las religiones*. Por último va mas lejos, pág. 48, diciendo: *Si la razón tuviese bastante fuerza, ahogaría todas las religiones con su propia mano... La empresa no es todavía posible; los proyectos que estamos meditando no saldrán de mucho tiempo de nuestra biblioteca*. Véase de consiguiente que el caballero de Longue estaba bastante decidido. No se sentía menos dispuesto á reconocer la autoridad del príncipe, y sin embargo en su prólogo, encarece las *Reflexiones* y *Apologías* del P. Quesnel, los *Hexaples* y el *Testimonio de la verdad*, como obras dignas del fervor de los apóstoles, é inspiradas por Dios para el sosten de la doctrina santa, de lo que se deduce que este deísta tiende la mano á los oponentes.